

unión con Jesucristo, recogimiento y amor de la oración y de las almas. Miraos bien en ellos, é imitadlos con preferencia á todos los demás. Estos hicieron de la elocuencia sagrada un arte sublime, los santos convirtieronla en fecunda virtud. Ved ahí el por que de su bienhechora influencia sobre las almas, y de los admirables frutos de gracia y de salud que han producido en la Iglesia. Comparémoslos con los miserables de nuestra palabra, y, llenos de saludable confusión, digamos á Dios: «Señor, mi vanidad ambiciona predicar á lo grande; pero no, Dios mío, concededme el don de predicar á lo santo».

CAPÍTULO XI

PREPARACIÓN PRÓXIMA

Para más útil preparación de los sermones, debéis conocer á vuestro auditorio ausente, enterándoos de los obispos ó curas que os hayan llamado á ejercer el ministerio evangélico. Es este un acto de respeto y deferencia debido á su autoridad, no menos que excelente medida para disponer la materia y orden de vuestras predicaciones. Importa sepáis con que gente váis á tratar, cual es el nivel de su cultura, instrucción y prácticas religiosas, costumbres, pasiones dominantes y vicios más comunes, por que medios se les atraerá á oír con gusto y corresponder á la palabra de Dios. Cuanto mejor os impongáis en todos estos puntos, menos tiempo perderéis en andar á tientas, ó azotar al aire. Llegaréis á lugar ya conocido, y no os mirarán como á extraño, sino que, gracias á esa correspondencia delicada y llena de interés, lograréis cordial recibimiento y hospitalidad.

Habéis llegado y saludado, cual conviene, al

Prelado, si predicáis en ciudad episcopal; y por fin, os halláis ya instalados en la parroquia ó pueblo, con lo cual entráis en campaña.

Suponiendo una serie de sermones, ó predicción de alguna importancia, muy bien haríais en celebrar la primera misa por vosotros y por vuestros oyentes. En cuyo caso, excitaos á fervor y afectos de humildad, imitando á nuestro Padre Santo Domingo, que al entrar en alguna población, con lágrimas oraba pidiendo á Dios no tuviese en cuenta sus pecados ni fuesen ellos obstáculo á las bendiciones del Cielo sobre el pueblo. Renovad la intención de buscar sólo la gloria de Dios y bien de las almas. Rogad al Señor que su sacratísimo Cuerpo os sea cual otro carbón encendido del serafín que purificó labios y corazón de Isaías, y la preciosa Sangre sea para su pueblo benéfica lluvia que rocíe las almas y las disponga á recibir con fruto la simiente de la divina palabra. No faltan piadosos predicadores que, el día del sermón, llevan consigo al altar, bajo los hábitos sacerdotales, el manuscrito de su discurso, como para impregnar los pensamientos que en él se consignan de las gracias de la Sagrada Comunión. No os dé risa tan santa simplicidad; que suele Dios premiar con inestimables dones estas pequeñas prácticas de almas sencillas que en Él ponen su confianza.

Acércase la hora; pronto hay que subir al púlpito. Retiraos, mas no para repetir agitadamente el discurso en transportes oratorios. He conocido á pobrecitos que, inquietos y preocupados consultaban febrilmente á la memoria, y declamaban á voces y accionando, largos trozos, cuando no todo el sermón: así se pierde, en laboriosa gimnasia, lo mejor de las fuerzas antes de ocupar la sagrada cátedra. Conservadlas todas, que no os sobrarán. El retiro es con objeto de recogeros y contemplar tranquilamente, á vista de pájaro y en reposada actitud, el panorama de las ideas que vais á desarrollar y los puntos salientes de vuestros razonamientos y períodos patéticos; pero todo en el interior del alma y sin agitación exterior, ínterin llega el momento.

¡Terrible momento para naturalezas impresionables! Su proximidad les ocasiona una crisis de aprensión, angustia y tal vez miedo, que podríamos llamar *mal de orador*, descrita por Bautain en estos términos: «Siéntese el pecho oprimido por un peso que dificulta la respiración, quebranta los miembros, y entorpece todas las facultades del cuerpo y del espíritu..... De ahí la ilusión, que conviene evitar de creerse enfermo el que va á hablar en público, tomando por imposibilidad el malestar, grande á veces, que se siente ante el inevitable uso de la palabra..... La

impresión que causa el solo pensamiento de aparecer en público produce en el cuerpo, y especialmente en las entrañas, enervantes efectos que abrazan todo el organismo. Brazos y piernas tiemblan, cuesta andar y aun estar de pie.

«Recuerdo haberme hallado muchas veces en ese estado antes de subir al púlpito; y mientras aguardaba viniesen á buscarme, de haber podido sin deshonra huir, cierto lo hubiera hecho; y envidiaba á esas pobres gentes que no tienen en que pensar, ó poco menos, y no conocen estos malos ratos.

«Quien no aprenda á vencer tamañas tentaciones y desmayos, no sabrá jamás hablar, ni aun tendrá valor para ponerse á prueba; porque he de confesaros que alguna vez es tal este suplicio, que inconscientemente se compara uno al reo camino del patíbulo. Los que por ahí han pasado, saben que no exagero» (1).

¿Qué consecuencia se sigue de todo esto?—¿Deduciremos, con el impresionable autor, que «desgraciado quien no tiene miedo de exhibirse al público?»—Por mí, no soy de su opinión.—La seguridad de naturalezas privilegiadas no prueba, como él dice, «que el orador no esté poseído de la importancia de su ministerio; que no comprenda lo

(1) *Etude sur l'art de parler en public*, xvii y xviii.

que es la verdad que va á anunciar, ó la estime en poco; y que no esté animado del sagrado fuego que del Cielo desciende á las almas para enardecerlas» (1).—Sin el valor sobrenatural y divina intrepidez de los santos apóstoles que hablan á impulso de extraordinaria inspiración, un hombre de temperamento sólido y bien equilibrado, de inteligencia cultivada y dueña de sí misma, de firme y resuelta voluntad, confiado en el auxilio del Cielo, lleno de amor de Dios y de las almas, preparado con el estudio, el trabajo, la piedad y humilde desinterés propio de un apóstol, puede ir al púlpito sin aprensiones ni apuros ni miedo que tal merezca llamarse.

Harta injusticia fuera igualarlos con «esos fanfarrones que no reparan en nada, porque á falta de cabeza, sóbrales confianza de sí mismos; y sin conciencia de la santidad de su palabra y ministerio, cual niños atolondrados, juegan con arma terrible ó con el fuego» (2). Desgraciados de estos, ya lo creo; pero respetando á los oradores que animosos y como Dios manda preparados, marchan sin temor á los gloriosos combates de la elocuencia.

Confesemos, empero que muchísimos, sobre

(1) *Etude sur l'art de parler en public*, xvii y xviii.

(2) *Ibid.*

todo á los principios de su carrera, padecen lo que hemos denominado *mal de orador*. Si vosotros lo sentís, investigad su causa primero en vuestra conciencia. ¿Es el amor propio que os perturba, inquieta y persigue? ¿Será excesiva preocupación de vosotros mismos, que os hace temer si no conseguiréis el triunfo y elogios que ambicionáis y quedaréis por bajo de lo que el público espera de vosotros y vosotros recíprocamente de él?—Obrad sin tregua contra tan mala y culpable disposición. A ello os anima el precitado autor: «Los que al Señor habéis tomado por herencia, y á todas las glorias y obras de la tierra preferís la luz y vasallaje del Cielo, y en especial tenéis vocación de apóstol y ardéis en ansia de anunciar á los hombres el Reino de Dios, recordad que, aquí señaladamente, está la ganancia en el desinterés, y el poder en la abnegación de sí mismo. Sólo una cosa ved en el triunfo de la palabra, si á conseguirlo llegáis: que es la gloria divina. Sólo una cosa buscad si habéis recibido el don de conmo- ver almas: que es reducirlas á Dios. Para ello, combatid y ahogad en vuestro corazón los naturales movimientos de orgullo, que, desde el pecado, tiende á absorberlo todo, sin excluir los dones más altos y preciosos, y cuantas veces hayáis de anunciar á la tierra las maravillas del Cielo, implorad de Dios encarecidamente la gracia de

olvidaros de vosotros mismos para pensar en sólo El» (1).

Puede suceder que el *mal de orador* se origine de timidez natural é instintiva desconfianza, que juntas á una idea purísima y muy elevada del ministerio evangélico y delicado sentimiento de su responsabilidad, inspiren al apóstol temor exagerado de no hallarse á la altura de su cargo y degradar la palabra de Dios con la deficiencia de su trabajo y medios oratorios.

Si así es, tranquilizaos considerando que la casi totalidad del auditorio dista mucho de hallarse, como vosotros, al corriente de las verdades que váis á tratar; que, para muchos, esas verdades, mal aprendidas ó hace tiempo olvidadas, tienen todo el atractivo de la novedad; y que los más inteligentes é instruídos no escaparían bien, obligados á ocupar vuestro lugar y hablar, de improviso acerca del tema que vosotros traéis debidamente preparado. Aun tendréis más sosiego, si, como os he aconsejado, sabéis eludir toda preocupación de éxito ó de fracaso, no esperando nada de los hombres, sino de Dios, supremo Juez de vuestra palabra. Triunfaréis, en fin, de toda timidez, invocando con fervor al invisible intermediario que habla á las almas cuando vos-

(1) BAUTAIN, obra citada.

otros, y que en premio de vuestra humilde y filial confianza, os evitará el oprobio de envilecer vuestra misión.

Nada os diré de la última preparación física. Si precisáis seguir un régimen higiénico, adaptaos á vuestro temperamento, constitución y hábitos. Si necesitáis alguna prescripción terapéutica para fortalecer el pecho, calmar los nervios ó aclarar la voz, allá los facultativos. Sólo me permito una pequeña observación sobre uso de bebidas excitantes. Muchos las emplean para animarse, pero se exponen á perturbar la inteligencia y la memoria. Por lo que á mí hace, prefiero abundantes y fervorosas jaculatorias. «¡Dios mío, mi lumbre y fortaleza!—Ven á mi ayuda, no tardes en socorrerme.—Abre, Señor, mis labios, y mi lengua cantará tus alabanzas.—Ven, Espíritu Santo, visita mi alma, y prende en ella el fuego de tu santo amor.»—Y otras por el estilo. Añadid copiosas avemarías en honor de la Virgen Madre que al mundo dió luz eterna. Preguntado uno de nosotros que tomaba antes de predicar, enseñó, con mucha gracia, el rosario.

Tomadle también vosotros, mientras el sermón va reposando en la memoria, y llegado el momento, al oír: «Cuando V. guste,» decid en lo profundo del alma: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

LIBRO SEGUNDO

AL PREDICAR